

cierta esperanza de armonía sobre la tierra. Anheló que pudiera transformar la "ecuación metafísica de la civilización contemporánea" (suma ciencia + suma potencia = suma felicidad), sostenida por el célebre personaje de Eça de Queiroz (1), en la fórmula empírea de ciencia y conciencia, disparada sobre la turbiedad del hombre.—L. Y.

■

"EL MAR TRAJÓ MI SANGRE", de *Alberto Ried*. Ed. del Pacífico S. A. Santiago de Chile, 1956 (377 páginas)

Alberto Ried (1886) es otro septuagenario que, cumplida la vigencia de su generación, vuelve los ojos sobre el camino recorrido y escribe sus "memorias". Poeta, citado como un caso interesante por Rodolfo Lenz en su especializadísima obra gramatical "La oración y sus partes", en *El hombre que anda* (1915) y en *21 Meditaciones*, seleccionadas (1925) por Unamuno y prologadas por Eduardo Ortega y Gasset; cuentista en *Hirundo*, ha sido además, pintor, escultor, bombero, agente de seguros, diplomático, viajero impenitente, y "hermano escultor" en el grupo de Los Diez.

*El mar trajo mi sangre* trae un sinnúmero de importantes experiencias de su generación. Experiencias que podemos confirmar en las páginas de igual índole de Fernando Santiván o de Mariano Latorre (1886-1955) donde iguales circunstancias traen a colación iguales nombres y acciones semejantes. Cada cual muestra su condición y su arte de modo diferente. Nada tan feliz como el arte de la "memoria" en Santiván, nada tan substancial o sabroso como las páginas conocidas de Latorre en el mismo arte.

Ried excede el campo de la experiencia individual de los anteriores, extendiéndolo a los Estados Unidos de Norteamérica y a Europa. El margen de los episodios variados, de la diversidad de circuns-

---

(1) Jacinto, figura central de la novela *La ciudad y la sierra*.

tancias excepcionales o interesantes es mayor, sin comparación. Los momentos significativos para la vida del arte contemporáneo y las figuras de renombre que los vivieron, en Norteamérica y en Europa, exceden con mucho el estrecho margen de la vida criolla que Santiván y Latorre nos muestran. Sin embargo, las “memorias” de Ried no pueden compararse a aquéllas. ¿Por qué ocurre esto?

No le reprocharemos a Alberto Ried cuestiones de estilo —que explícitamente menosprecia—, sus oscilaciones entre una prosa afectada de adjetivo culto antepuesto y pronombre enclítico y la prosa acriollada de diversos episodios como éste: “La puntiaguda voz de tiple de una ñata, entretanto, salíase de madre, amortiguando el bochinche con la copla y el estribillo...” (77), o la prosa simplemente periodística.

Lo que resiente esencialmente a estas memorias es la acumulación extensa de hechos y de nombres y la escasa detención en aquellos momentos en que el lector interesándose en el poder evocador del acontecimiento o de un nombre de poeta, pintor, músico, pensador, etc., conocidos y que el autor de estas “memorias” ha vivido cercanamente, ha convivido estrechamente, recibe tan sólo un dato anecdótico, superficial, y, a veces, autoelogioso. Los personajes y los hechos están vistos de por fuera.

Sólo en contados momentos hay intensidad y demora. Para hacer un buen libro ha faltado selección y una inteligente disposición del rico material.

Pero este hombre que convivió o conoció de cerca a Jascha Heifetz, Rosita Renard, José Santos Chocano, a Unamuno, a César Vallejo, a Pachín Bustamante, parece decírnoslo para causarnos envidia. Y se burla de nosotros haciendo mención a las quinientas o mil quinientas páginas de su epistolario a Pedro Prado o Manuel Magallanes Moure.

En ese copioso epistolario parecen encerrarse las visiones íntimas, las auténticas de las cosas, y no este itinerario —Baedeker de la vida de Alberto Ried— que es *El mar trajo mi sangre*.

De todas maneras encontrará el lector datos interesantes y momentos lúcidos en los capítulos iniciales. Sobre todo en la evocación de los maestros alemanes del Pedagógico de 1889 y del Liceo de Aplicación que vino después. Allí (capítulo II) desfilan Schneider, Lenz, Kausel, y con ellos Arcadio Ducoing y Johow.

Las mejores páginas de evocación interesante están en el capítulo III "Los potros del Guaico", tanto por la descripción de un acontecimiento épico como por la fuerza caracterizadora que hay en la exposición de Carlos Rencoret y de doña María del Carmen Alessandri Palma a quien "cierto innato afán de predominio, que se hacía extensivo a hombres y animales, la obligaba a mantener cargada una pistola, metida dentro del bolsillo trasero de su pollera. Un día, un orgulloso gallo, lanzó su clarinada de conquista junto a la ventana que entornaba sus postigos, para guardar mejor la siesta. María del Carmen alargó su mórbido brazo a través de los barrotes, disparó, y un aleteo plumoso y convulsivo de agonía, hizo retornar el silencio propicio" (67).

Escrito en la penumbra engañosa, en el fondo de la caverna platónica, *El mar trajo mi sangre*, desdibuja la imagen misma del autor, la auténtica, guardada en el secreto de un epistolario inédito. Los hechos vividos y los hombres conocidos y mentados, elevan la figura de Alberto Ried, pero éste no ha sabido, o querido, elevar —profundizando— esos hechos ni esos hombres.—*Cedomil Goic.*